



Historia Indígena N° 8, 2004, pp. 89-100
Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

LA ANTROPOLOGÍA HISTÓRICA: ENTRE LA TRADICIÓN ACADÉMICA Y LAS PRÁCTICAS DE INVESTIGACIÓN

Carlos Eduardo Zanolli

Dr. en Antropología. Sección Etnohistoria
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Lorena Rodríguez

Lic. en Antropología. Sección Etnohistoria
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Tomando como punto de partida algunas críticas/apreciaciones realizadas desde la historia y la antropología a la antropología histórica, el objetivo de este trabajo es reflexionar acerca del estado actual de la disciplina. Para ello nos situaremos en el contexto particular de las trayectorias y el devenir que experimentó el equipo de investigación de la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Nuestra propuesta plantea la necesidad de realizar estudios interdisciplinarios dentro del marco de las ciencias sociales, reconociendo que la práctica de investigación exige flexibilizar metodologías, técnicas y objetos de estudio al interior de cada uno de los campos disciplinares. Porque si bien las clasificaciones rígidas vienen siendo cuestionadas en los últimos años, lo cierto es que al día de hoy las disciplinas no solo existen sino que continúan luchando por demarcar claramente sus límites. En qué situación se encuentra la antropología histórica y hacia dónde queremos que se oriente, son temas que intentaremos discutir en este trabajo.

Palabras clave

Antropología Histórica – Historia – Antropología – Academia – Investigación.

Introducción

El Programa de Etnohistoria Andina del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires obtuvo su reconocimiento institucional a partir de 1984 cuando se incorporó oficialmente a la misma y obtuvo apoyo financiero del CONICET y de la Universidad. El mismo funcionó, desde ese momento y hasta la actualidad, bajo la dirección de la Dra. Ana María Lorandi quien, paradójicamente, provenía de la disciplina arqueológica.

Guiados en un inicio por las investigaciones etnohistóricas realizadas por estudiosos de civilizaciones precolombinas como R. T. Zuidema, J. Murra, N. Wachtel, entre otros, los trabajos de la Sección se orientaron hacia el análisis de las comunidades indígenas del centro-sur andino y las múltiples respuestas que ellas generaban frente a la presión colonial. Luego, la geografía se amplió hacia el Tucumán colonial. Los estudios sobre el Tucumán siguieron en un punto los lineamientos de aquellos realizados sobre la región de Charcas, pero, en su origen, intentaron determinar la «estructura étnica» de los grupos indígenas que poblaron lo que serían las futuras jurisdicciones provinciales. Esta tendencia continuó hasta comienzos de la década de 1990.

Dos fueron las publicaciones que enmarcaron los lineamientos trabajados durante aquel período: *El Tucumán Colonial y Charcas* (1997), compilado por A.M. Lorandi, donde se publicó gran parte de los trabajos producidos en la Sección entre 1984 y 1994, y el libro de las autoras A.M. Lorandi y M. del Río, *La etnohistoria. Etnogénesis y transformaciones sociales andinas* (1992). Este último, si bien no específico sobre la producción de la Sección, marcó las pautas teóricas que guiaron aquellos trabajos. En ese libro, donde las palabras etnohistoria y antropología histórica fueron tomadas como sinónimos, se definió a la etnohistoria como «una Etnología que se ocupa del otro social, desde la perspectiva de la etnicidad y considerando sus transformaciones a través del tiempo» (1992: 10).

A mediados de 1990, la paulatina incorporación a la Sección de una nueva camada de alumnos promovió un interés por ampliar geográfica y temáticamente los tópicos de investigación. Estos alumnos traían consigo las nuevas inquietudes teórico-metodológicas que veían en la carrera. Entre otras, las discusiones que había planteado el posmodernismo acerca de la relatividad de la producción de conocimiento, y particularmente sobre el hecho de que era el presente el que creaba el pasado, se trasladaron ahora a la Sección Etnohistoria. El tema tomó forma en un seminario interno que tuvo dos propósitos principales: realizar una revisión y discusión de obras claves para nuestra disciplina y realizar una discusión teórica sobre la forma de construcción del conocimiento que cada uno de nosotros había realizado. Aquella instancia se plasmó en una nueva publicación comprensiva de los trabajos de los integrantes de la Sección, compilados ahora en la revista *Memoria Americana* 9 (2000). En ella, en el trabajo «Desafío de la Isocronía del Péndulo. Acerca de la teoría y la práctica de la antropología histórica», Lorandi y Wilde ensayaron una nueva definición de la disciplina diciendo que «busca identificar actores o grupos formales o informales que interactúan en sistemas más globales, buscando modificarlos, explorarlos y aun

destruirlo en provecho propio; minorías o migrantes que buscan hacerse de un lugar en el sistema en el que se insertan; elites que ensayan formas de identificación y diferenciación interpelando de diversas maneras a 'los de abajo'; masas de gente 'silenciosa' cuyas voces casi siempre nos llegan en forma indirecta y a veces sólo en la modalidad de reacciones violentas a las normas impuestas desde arriba» (Lorandi y Wilde 2000: 64). En el artículo, prácticamente no aparece la palabra «etnohistoria»; pareciera que la sinonimia establecida en el trabajo de Lorandi y del Rio de 1992 se daba por sentada, pero aún más, que el paso de la etnohistoria a la antropología histórica reflejaba un salto cualitativo que no había sido debidamente discutido.

Lo cierto es que los integrantes de la Sección fuimos abandonando paulatinamente la palabra etnohistoria, acuñada en los Estados Unidos en la década de 1950. Este hecho se dio, a nuestro criterio, por dos cuestiones claves. En primer lugar, la necesidad de desprenderse de una palabra ligada casi exclusivamente a los contextos de conquista y colonización americana y que funcionaba como un sayo frente a las nuevas temáticas propuestas –aunque las mismas se mantuvieran dentro del contexto colonial. En segundo, estrechar lazos con la propia carrera de Ciencias Antropológicas, en vistas a que la actividad académica del equipo (asistencia a congresos, evaluaciones, publicaciones, etc.) estaba mucho más vinculada a la disciplina histórica. Las reflexiones acerca de la práctica de la antropología histórica que haremos en el presente trabajo estarán enmarcadas principalmente a partir de nuestra experiencia como miembros del equipo de investigación oportunamente presentado.

Ahora bien, es interesante reflexionar por qué en aquellos años ochenta, la Universidad de Buenos Aires decidió crear un espacio académico para una disciplina relativamente nueva y de límites difusos. Enmarcamos la apertura de dicha área como el reflejo de la situación general que se vivía en los espacios de producción de conocimiento, en los que el etiquetamiento de las disciplinas como campos estancos e impermeables en cuanto a objetos de estudio y metodologías de análisis, había sido puesto en cuestión desde los años '70, particularmente en relación con la producción de conocimiento en ciencias sociales. No obstante, a pesar del debate y las posturas críticas, los límites disciplinares aún existen y –hasta diríamos– son condición necesaria para obtener financiamiento, participar de congresos y ser reconocidos dentro del ámbito académico. La antropología histórica tal vez haya sido el emergente de una situación que reclamaba de los estudiosos en ciencias sociales un análisis que superara las fronteras disciplinares. Entre otras cosas, la disciplina habría nacido intentando desdibujar límites a partir de la convergencia de métodos, perspectivas, modelos; sin embargo, a la vez, también fue construyendo sus propias especificidades y delimitaciones¹. Es preciso resaltar, entonces, que si bien la antropología histórica

¹ «Más que una nueva disciplina con los confines bien delimitados, la antropología histórica parece constituir un terreno de frontera, ya sea porque colocada en la intersección de los ámbitos de la antropología y de la historia, como también por ser terreno solo recientemente roturado –un territorio en precedencia inexplorado donde desde hace unos decenios se lleva a cabo la colonización por parte de tribus académicas– 'con antepasados y tótems diversos' y de distinta

se constituyó como un «terreno de frontera», paralelamente adquirió una identidad propia; este hecho le permitió a la misma «ganar» espacios académicos, pero a la vez las críticas de las «antiguas» disciplinas como la antropología y la historia se hicieron escuchar.

Tomando como punto de partida algunas críticas/apreciaciones realizadas desde la historia y la antropología a la antropología histórica, el objetivo de este trabajo es reflexionar acerca del estado actual de la disciplina, partiendo del contexto particular de las trayectorias y el devenir que experimentó el equipo de investigación al cual pertenecemos. Nuestra propuesta plantea la necesidad de realizar estudios interdisciplinarios dentro del marco de las ciencias sociales, reconociendo que la práctica de investigación exige flexibilizar metodologías, técnicas y objetos de estudio al interior de cada uno de los campos disciplinares. Porque si bien las clasificaciones rígidas vienen siendo cuestionadas en los últimos años, lo cierto es que al día de hoy las disciplinas no solo existen, sino que continúan luchando por demarcar claramente sus límites. En qué situación se encuentra la antropología histórica y hacia dónde queremos que se oriente son temas que intentaremos discutir en este trabajo.

Los límites de las disciplinas y el peso de la metodología

Tal como lo hemos adelantado en la introducción, la antropología histórica ha recibido críticas desde diversos flancos; principalmente, desde las disciplinas que podríamos considerar como originalmente constitutivas de la misma: la historia y la antropología, las que desde sus comienzos intentaron diferenciarse. El acercamiento entre ambas disciplinas comenzó a darse a mediados de siglo XX. El terreno propicio para llevar a cabo la discusión teórica sobre los beneficios de una confluencia entre ambas disciplinas fue abonado por Evans-Pritchard quien –desde 1946 y en diferentes instancias– rechazando la postura ahistórica del funcionalismo, había promovido la idea de que una sociedad no podía ser comprendida si no se conocía su historia. Entre otras cosas, el nacimiento de la etnohistoria y la historia africana en los años '50 y la fundación de la escuela de Annales por Marc Bloch y Lucien Febvre, también promovieron tal interpenetración. Pero a pesar de este acercamiento inicial, recién a mediados de la década de 1960 comienza la actividad interdisciplinaria motivada –entre otras cosas– por los estudios particulares sobre la brujería y la magia² (Viazzo, 2003).

identidad, historiadores de variada proveniencia y sobre todo antropólogos, pero también sociólogos, geógrafos, historiadores del arte, críticos literarios, entre otros. Sin embargo, en estos decenios de cohabitación, contactos y quizás de desencuentros, ha surgido, indudablemente entre los colonizadores del territorio de la antropología histórica, una cierta identidad colectiva, vinculada a la especificidad de los contextos y de las situaciones –y negociable como cualquier otra identidad–...» (Viazzo 2003:50).

² Al respecto pueden citarse los trabajos de Geertz, H. (1975) y Thomas, K. (1975).

Otras temáticas más actuales renuevan el debate acerca de los beneficios o desventajas de trabajar desde una perspectiva interdisciplinaria como lo es la antropología histórica. Es el caso del libro de Gruzinski *El pensamiento mestizo* del año 2000 (en su versión castellana), en el que el autor analiza el fenómeno del mestizaje a partir de lo que considera la primera mundialización del planeta: la expansión iniciada desde Europa en la segunda mitad del siglo XVI con la monarquía católica. Para ello, se propone debatir acerca de los obstáculos que han entorpecido la comprensión de los procesos de mestizajes, primero desde la antropología, luego desde la historia y por fin desde la conjunción de ambas disciplinas: la antropología histórica.

Los primeros obstáculos a los que se refiere provienen directamente desde la antropología. En primer lugar, Gruzinski señala aquellos que tienen que ver con el exotismo –entendido como la búsqueda de arcaísmos y clichés– y las imágenes inmóviles que algunos antropólogos han generado acerca de las sociedades por ellos estudiadas. En particular se refiere a las investigaciones sobre poblaciones amazónicas, las que a partir de Claude Lévi-Strauss y la perspectiva de la antropología estructuralista, convirtieron a la Amazonia en un paraíso primitivo, fuera de la historia y destinado a la perennidad³.

A su vez, el problema de la “exotización” promovida por cierta antropología se relaciona con lo que Gruzinski llama “retórica de la alteridad”. Al insistir en las diferencias y especificidades, algunos antropólogos –en este caso se refiere especialmente a aquellos pertenecientes a los *cultural studies*– han contribuido negativamente al debate sobre el mestizaje, tomando a los mismos «por procesos que se propagarían en los confines de entidades estables, denominadas culturas o civilizaciones, o por una especie de desórdenes que alterarían de repente conjuntos impecablemente estructurados y con una reputación de auténticos» (2000: 52). Asimismo, señala «las trampas que acechan al investigador» en torno a la noción de identidad, la que es utilizada, según sus propias palabras, como «un etiquetaje somero que se convierte de inmediato en una caricatura» (2000: 52). Insiste, al respecto, en que la identidad es múltiple o plural, con características que se activan o desactivan según los contextos y las interacciones, pero que el uso que se ha hecho de la identidad no solo ha cosificado y naturalizado el concepto, sino también a cada ser o grupo humano al que se ha aplicado.

³ «Al no prestar mucha atención a los cambios históricos y prehistóricos de las poblaciones amazónicas, al minimizar su capacidad de innovación y de difusión, al hacer caso omiso de las federaciones que reunían a las tribus en unidades mayores, al despreciar la incidencia de las circulaciones a gran escala que animaban la selva, los antropólogos han mantenido la imagen de unas sociedades inmovilizadas en la tradición ... Así, la antropología estructuralista ha hecho de la Amazonia el conservatorio del ‘pensamiento salvaje’... A fuerza de oponer ‘sociedades frías’, supuestamente capaces de resistir a las transformaciones históricas, y ‘sociedades calientes’, que vivirían del cambio, se creó un mito que fortalecía los clichés que acabamos de evocar...» (Gruzinski 2000: 30).

Otros obstáculos provienen directamente de la disciplina histórica. El historiador europeo, por ejemplo, ha antepuesto la historia de Occidente a la del resto del mundo y luego la historia nacional a la de otros países. Esto ha generado no solo una fragmentación del mundo que se ha vuelto anacrónica a la luz de los acontecimientos históricos de los últimos años, sino que ha llevado a una suerte de etnocentrismo disciplinar que es totalmente perjudicial para analizar los fenómenos de mestizaje.

A continuación, Gruzinski se pregunta si la antropología histórica podría considerarse como una excepción a este etnocentrismo y, a pesar de reconocer que «nacida en los confines de la historia y de la etnografía, esta disciplina nos ha enseñado a desistir del discurso eurocéntrico del colonizador... lo que nos ha permitido descubrir la riqueza de formas de pensamiento y de modos de expresión que se habían desarrollado en América antes de la invasión de los europeos» (2000: 56) insiste en que, al ser la antropología histórica solo una inversión de los términos bajo los cuales se analizaron tradicionalmente los procesos históricos de la conquista de América (visión de los españoles por visión de los indígenas), no ha contribuido e incluso ha descuidado la problemática del mestizaje.

Para superar estos y otros obstáculos a la hora de analizar el fenómeno del mestizaje, dicho autor se pregunta si una sola disciplina puede resolver este problema; propone entonces una pauta metodológica que consistiría en crear «ciencias nómadas» capaces de moverse en campos distintos; es decir, ciencias flexibles que puedan fundir sus fronteras y, por lo tanto, abordar las problemáticas sociales de una manera más rica y fructífera.

Ahora bien, a pesar de plantear esta solución metodológica, en la introducción misma del libro dice: «Para considerar estos temas tomaré vías indirectas, tan alejadas de la sociología de la cultura como de la antropología. Trataré de abordar la cuestión como historiador...» (2000: 18) Es decir que, aunque plantea la necesidad metodológica de borrar los límites entre las disciplinas o al menos hacer que las disciplinas circulen de un lado hacia otro, elige finalmente plantear su trabajo desde la propia trayectoria disciplinar: la historia. En última instancia, como señalaron Lorandi y Wilde (2000) «las disciplinas disciplinan».

A estas críticas y propuestas metodológicas realizadas por Gruzinski se suman consideraciones que provienen directamente de la disciplina antropológica. Bien entrada la década de 1990, y al frecuentar diversos círculos académicos donde se enseña e investiga antropología social, hemos escuchado afirmar que una investigación antropológica debía estar acompañada necesariamente por trabajo de campo, entendiendo por tal la presencia directa en el terreno. Desde esta perspectiva, muchos de nuestros trabajos, así como el de otros antropólogos, se realizan sin aplicar su método por excelencia. Evidentemente, la línea de pensamiento que reivindica el trabajo de campo como única forma de «hacer antropología» pone (o deja afuera) a una gran cantidad de antropólogos que por el método que utilizan parecerían estar mucho más cerca de los historiadores que de sus condiscípulos.

Estas discusiones tienen dentro de la antropología una larga trayectoria; tal como lo señala Viazzo (2003), la antropología moderna iniciada según este autor en 1922 con la aparición del libro de Bronislaw Malinowski *Argonauts of the Western Pacific* y el de Alfred R. Radcliff-Brown *The Andaman Islanders*, marcarán un período –aproximadamente hasta mitad de siglo– en que la antropología rechazará fuertemente un acercamiento a la historia, entre otras razones debido al esfuerzo de los antropólogos por definir una identidad disciplinaria propia, la que se construyó sobre la base del trabajo de campo. Posteriormente, aunque ya iniciado el proceso de acercamiento entre una y otra disciplina, uno de los tantos puntos de inflexión estuvo dado por la publicación del trabajo de Robert Darnton *La gran matanza de gatos y otros episodios de la Historia de la cultura francesa* (1994). El mismo suscitó reacciones tanto de historiadores como de antropólogos. Dentro de estos últimos tomemos el caso de Fernández (1995), quien, a poco de comenzar su exposición, se pregunta: «¿pueden los métodos antropológicos desarrollados para situaciones que, aunque ajenas, son de encuentro cara a cara y de interrogación directa ser legítimamente aplicados de alguna forma apropiada a sujetos tan lejanos a nosotros en el tiempo y en el espacio como los artesanos y los campesinos de mediados del siglo XVIII? ¿Existen riesgos al hacerlo?» (1995: 141). La respuesta está íntimamente relacionada con la autoridad de los textos, con el hecho de que, según Fernández, el antropólogo aplica toda la experiencia sinestésica en el trabajo de campo y pone en riesgo permanentemente sus textos.

Más allá de los límites

Tal como lo explicitamos en la introducción de este trabajo, a medida que la antropología histórica se demarcaba y adquiría un perfil propio, comenzaba también a «ganar» espacios académicos. El equipo del que formamos parte e incluso el hecho de que presentáramos un trabajo en un simposio dentro de un Congreso Internacional referido exclusivamente al devenir de la antropología histórica, es un reflejo del lugar que ésta ha alcanzado. Paralelamente, dijimos, también se alzaron voces reflexionando críticamente acerca de la misma.

En el apartado anterior expusimos algunas de las apreciaciones que desde la historia y desde la antropología se hicieron en torno a la antropología histórica. Si bien, en algunos casos, acordamos con ellas, en otros es necesario apuntar algunas diferencias. Por un lado, respecto del análisis crítico que hace Gruzinski acerca de la «retórica de la alteridad» o la noción misma de identidad, creemos que, aunque acertada en muchos aspectos, es demasiado extrema. En principio, pues solo toma como ejemplos estudios que han abusado de dichos términos, dejando fuera otros muchos que los han utilizado de forma flexible y que han aportado herramientas de análisis valiosísimas⁴. Asimismo, a pesar de estas utilidades extremas, creemos que dichas

⁴ Alonso (1995), Briones (1995, 1996, 1998), Comaroff (1992), Hidalgo y Tamagno (1992), Karasik (1994), entre otros.

categorías y conceptos no pueden considerarse un obstáculo ni para el estudio del mestizaje ni para el estudio de cualquier otro fenómeno social, porque –entre otras cosas– han enriquecido y complejizado las miradas acerca de diversas problemáticas histórico-sociales y se han convertido en ejes articuladores de vastísimos problemas de investigación, constituyendo entonces la posibilidad de difuminar límites disciplinares.

Algo similar podríamos decir respecto a que la antropología histórica que, por ser la «visión de los vencidos» en lugar de la visión eurocéntrica de los vencedores, solo ha invertido el orden de los términos sin desplazar o renovar el debate. Creemos que la antropología histórica no es solo la visión de los vencidos y que, aun en ese caso, podría considerársela como una absoluta renovación en el debate. El libro de N. Wachtel *La vision des vaincus* (1971), enmarcado dentro del pensamiento estructuralista imperante en Francia en aquellos años, constituyó una verdadera transformación teórico-metodológica para el estudio de las sociedades precolombinas. Este trabajo, a su vez, abrió el camino a nuevas reflexiones sobre las relaciones dominador/dominado, considerando al indígena como un actor protagónico dentro de la escena colonial y no como un mero reactor frente a una relación estímulo-respuesta, y posibilitó, dentro de ese contexto, que se analizara la figura del mestizo⁵.

Por otra parte, creemos que la estricta delimitación que muchos antropólogos intentan hacer de su propia disciplina en relación con la antropología histórica se debe fundamentalmente a que la definen por su método: el trabajo de campo en su sentido más estricto y clásico. Ahora bien, teniendo en cuenta que «el espacio de la antropología es necesariamente histórico» (Augé 1996), el trabajo de un antropólogo que estudia una sociedad de una remota región del planeta en un tiempo pasado, ya no debe ser visto como algo excepcional. Podríamos considerarlo como un verdadero trabajo de campo del pasado que implica, entre otras cosas, estar en el campo, aunque no de manera concomitante con el tiempo actual utilizando fuentes que nos provean información sobre el tiempo histórico elegido. Es decir, si los antropólogos tomaran en un sentido más amplio y flexible su propia disciplina (en cuanto a objetos de estudio, metodologías de análisis, etc.) la antropología, la historia, la antropología histórica, entre otras, podrían enriquecerse y trabajar conjuntamente para analizar fenómenos sociales.

En síntesis, la utilización de estos ejemplos de críticas entre disciplinas y peleas por definir nítidamente los perfiles de cada una nos sirven como excusa para pensar o repensar las demarcaciones de nuestra propia disciplina, la cual, a pesar de que creemos surgió de la necesidad de plantear estudios abordados a partir de «ciencias nómadas», poco a poco fue adquiriendo una identidad propia, y tal vez este hecho puede alejarla de otras disciplinas. No es que entendamos que las disciplinas, que existen y existirán, deban volverse una masa indiferenciada y perderse dentro del

⁵ A modo de ejemplo, podemos citar también los trabajos de, Harris, Larson y Tandeter (1987) y Stern (1982 y 1990), entre otros.

mar de las ciencias sociales. Las especificidades pueden persistir, sin embargo, no deben detenernos a la hora de realizar acercamientos a otras disciplinas, porque justamente creemos que este acercamiento no solo ayudará a complejizar nuestras investigaciones, sino es él que permitirá destacar las diferencias.

Los espacios académicos y las prácticas de investigación

Podríamos preguntarnos qué subyace a las consideraciones de los ejemplos antes mencionados. En uno y otro caso observamos la necesidad de preservar identidades disciplinarias y prácticas académicas. La distribución de espacios sociales comenzó prácticamente con el nacimiento de las ciencias modernas, multiplicándose luego de diferentes formas. Aquellas instituciones sociales, verdaderas «sociedades de estudios» (de Certau 1993) fueron con el tiempo el lugar donde se avaló un lenguaje científico, desde donde se le dio una determinada base social a una doctrina, volviéndola posible y determinándola (de Certau 1993). Desde la creación de las facultades del siglo XIX hasta la actualidad, en aquellos espacios distintas disciplinas –como la antropología y la historia– definieron sus pertenencias, establecieron límites, discutieron (o establecieron) paradigmas. También lentamente fueron creando su espacio algunas disciplinas con menos tradición, como por ejemplo, la antropología histórica. Como señaláramos, la misma encontró un lugar en la academia luego de la apertura democrática en la Argentina, «un espacio institucionalizado, formalmente reconocido, que permitió afirmar la identidad del grupo que se organizó en torno a la práctica de la disciplina antropológica» (Lorandi y Wilde 2000: 41). Su metodología por excelencia sería la que combina el trabajo de campo con el trabajo de archivo a fin de realizar análisis que den cuenta de la larga duración. ¿Es entonces la antropología histórica una síntesis de la antropología y la historia?

Entendemos que antes que una síntesis es «un procedimiento complementario de dos modos distintos de enfoque puestos al servicio de un mismo objeto: la aprehensión de una sociedad en su devenir y en su presente» (Augé 1996: 24). En este sentido, la antropología histórica es un emergente que cuestiona la rígida estructura impuesta desde la práctica académica. Aquella rigidez obliga a que cada disciplina se vea periódicamente en la necesidad de exacerbar la definición que cada una de ellas realiza de su objeto de estudio y su método de trabajo. Evidentemente, esta situación se hace más y más problemática cuando se trata de disciplinas que tienen a las sociedades humanas como macro objeto de estudio.

Pareciera entonces que los trabajos enmarcados dentro de lo que se conoce como antropología histórica muestran una tensión entre la tradición académica y la práctica de la investigación. El primer caso caracterizado por la necesidad de preservar aquellos espacios que son el reflejo de los propios movimientos que organizan una sociedad y donde las variables económicas, sociales y científica interactúan como verdaderos reflejos de prácticas macroeconómicas más amplias. El segundo, la práctica de investigación, refleja de manera directa la relación entre el investigador y su

objeto de estudio; en ella los objetos y los métodos de investigación se escapan de la teoría que da sustento a cada una de las disciplinas particulares, para ser puestos al servicio de la interpretación de hechos sociales. Al internarse en el campo, sea cual fuere el concepto de campo en cada disciplina particular –fuentes en sentido amplio, terreno, etc.– la práctica misma hace que el investigador se encuentre en la necesidad de flexibilizar los límites instrumentales, los cuales tienden a ser más rígidos y competitivos en las prácticas académicas.

Aquella tensión puede ser superada entonces a partir de dos instancias: la práctica interdisciplinaria o bien la flexibilización en cuanto a los objetos de estudio y los métodos de investigación. ¿Es la antropología histórica un ejemplo de esto que acabamos de decir? Si y no, de acuerdo al lugar desde el cual generamos la respuesta. Si lo hacemos desde la tradición académica, la respuesta sería no. Como vimos oportunamente, el espacio creado dentro del ICA requirió refrendarse, entre otras cosas, a partir de publicaciones que historizaran la trayectoria de la Sección y que discutieran los contenidos teóricos y metodológicos que convergen en la antropología histórica. Si lo hacemos desde nuestras propias prácticas de investigación, la respuesta sería sí, ya que esa flexibilización, junto con la práctica interdisciplinaria de la que hablábamos antes, serían la única manera de aproximarnos de forma más acabada y compleja a los fenómenos sociales.

Todo investigador debe vivir con esta dicotomía que subyace a la noción misma de investigador. Convivir con esta tensión implica necesariamente reflexionar sobre ella, pues la misma está continuamente presente en nuestras prácticas. Un buen ejemplo de ello, es el título mismo del Simposio «Metodologías tradicionales y metodologías alternativas en Antropología Histórica», que tuvo lugar en el 51º Congreso Internacional de Americanistas. Si para trabajar desde la antropología histórica tenemos metodologías tradicionales y metodologías alternativas, es porque la propia trayectoria disciplinar y tal vez el arraigo académico ya han determinado los nodos de la misma, una verdadera síntesis metodológica entre antropología e historia. Las metodologías alternativas, entonces, serían visualizadas dentro de este contexto como un campo difuso o poco definido, el cual haría las veces solo de un complemento de lo tradicional y central de la disciplina.

Si la antropología histórica es antes que nada el abordaje de un mismo objeto de estudio desde enfoques diversos, la diferenciación entre metodologías tradicionales/alternativas atentaría contra esa forma de aprehender los hechos sociales. La propuesta de este trabajo apunta, entonces, a remarcar la necesidad de abordar los hechos sociales desde una perspectiva interdisciplinaria y/o flexibilizar las disciplinas en sí mismas, intentando superar de esta forma los estrictos límites propios de las exigencias académicas.

Bibliografía

- Alonso, Ana María, *Thread of Blood. Colonialism, Revolution, and Gender on Mexico's Northern Frontier*. Tucson: The University of Arizona Press, 1995.
- Augé, Marc, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1996.
- Briones, Claudia, «Hegemonía y construcción de la 'Nación'. Algunos apuntes», en *Papeles de trabajo* 4: 33-48. Rosario: Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología, Universidad Nacional de Rosario, 1995.
- , «Etnografías neomodernas y antropología histórica: una vuelta a las fuentes», en *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria* 5: 123-128. Buenos Aires: Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A., 1996.
- , *La alteridad del "Cuarto Mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires: Ediciones del Sol, 1998.
- Comaroff, John y Jean, *Ethnography and the Historical Imagination*. Boulder/San Francisco: Westview Press, 1992.
- de Certeau, Michel, *La escritura de la Historia*. México: Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia, 1993.
- Darnton, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: Fondo de Cultura Económica [1984] 1994.
- Fernández, James, «Los historiadores cuentan cuentos: de gatos cartesianos y de riñas de gallos gálicas», en Hourcade, E., C. Godoy y H. Botalla, *Luz y contraluz de una historia antropológica*: 139-157. Buenos Aires: Ed. Biblios, 1995.
- Geertz, Hildred, «An Anthropology of Religion and Magic I», en *Journal of Interdisciplinary History*, IV, 1975.
- Gruzinski, Serge, *El pensamiento mestizo*. Barcelona: Editorial Paidós, 2000.
- Harris, Olivia, Brooke Larson y Enrique Tandeter, *La participación indígena en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social*. La Paz: Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social, 1987.
- Hidalgo, Cecilia y Liliana Tamagno (comp.), *Etnicidad e identidad*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1992.
- Karasik, Gabriela, *Cultura e identidad en el noroeste argentino*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1994.
- Lorandi, Ana María (ed.), «Memoria Americana», en *Cuadernos de Etnohistoria* 9. Buenos Aires: Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A., 2000.
- , (comp.), *El Tucumán Colonial y Charcas*. Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A., 1997.
- y Mercedes del Río, *La etnohistoria. Etnogénesis y transformaciones sociales andinas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1992.

_____ y Guillermo Wilde, «Desafío a la isocronía del péndulo. Acerca de la teoría y de la práctica de la antropología histórica», en *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria* 9: 37-78. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. U.B.A., 2000.

Stern, Steve, *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española*. Madrid: Alianza América, 1982.

_____, *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes, siglos XVIII a XX*. Lima: IEP, 1990.

Thomas, Keith, «An Anthropology of Religion and Magic II», en *Journal of Interdisciplinary History*, IV, 1975.

Viazzo, Pier Paolo, *Introducción a la antropología histórica*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP/ Instituto Italiano de Cultura, 2003.

Wachtel, Nathan, *La vision des vaincus*. París: Ed. Gallimard, 1971.